

Profundo observador, dotado de un espíritu penetrante, de una memoria excelente, de un recto juicio, llega á la intuición. ¿Le desagradan extranjeros en su primera entrevista? Jamás lo vuelve á recibir.

En cuanto á la sobriedad de sus comidas en particular, no hay mas que una voz. Su régimen es el de un anacoreta: patatas cocidas al horno ó con leche y manteca, hacen su alimento favorito. Como todos los estrictos guardadores de la ley mormónica, des-

aprueba el uso de las bebidas espirituosas, no bebe ordinariamente mas que agua, á veces un poco de *lager-beer*, y jamás nada mas fuerte: tampoco fuma ni toma polvo de tabaco.

Ignoro cuál sea su instrucción. «Hombres, no libros; actos, no palabras:» tal ha sido siempre su divisa y probablemente como lo decia Mr. Randolph de Mr. Johnston, los libros no le habrán corrompido la inteligencia. En el único discurso que yo le he



Los patriarcas J. Taylor y W. Richards.

oído, pronunció muchas veces la palabra *impetus* de una manera viciosa; pero su conversacion es correcta, se espresa fácilmente, sin énfasis, sin ganguear y con autoridad sobre diversas materias como de agricultura y ganados. No afecta compuncion, bastándole su sencillez de hombre honrado. Para sus discípulos es un ángel de luz; para sus enemigos un espíritu de tinieblas. Yo, por mí, no creo ni lo uno ni lo otro.

¿Es de probidad escrupulosa? ¿Cómo lo diré yo? Ve uno por todas partes la fe mas sincera, las prácticas mas rígidas de devocion, aliarse, no solo con la vida mas disoluta sino con los crímenes mas horrorosos: para la mayor parte de los hombres.

Il ets avec le ciel des accommodements.

(Hay arreglos con el cielo).

Se ha dicho que Mr. Brigham era un hipócrita,

un estafador, un falsario, un asesino: nadie lo parece menos. Las autoridades menos sospechosas desde las que acusan á José Smith de las artimañas mas infames, hasta los que piensan que despues de haber empezado por ser un impostor ha acabado por profeta; ven en Mr. Brigham un «entusiasta egoista, testarudo, exaltado por la persecucion y por la sangre derramada; pero no le reprochan nada fuera de su doctrina. Si no ha creado él la situacion, ha dado pruebas de grande energía y de profunda habilidad por su manera de dirigirla y dominarla. Demasiado acostumbrado al poder para cuidarse de los honores que da la autoridad, carece completamente de presuncion, no impone respeto á sí, ni ceremonial, ni etiqueta, ni afecta con la multitud aire de superioridad. Los medios que emplea para gobernar esta masa heterogénea son una voluntad inflexible, una estre-



El profeta José Smit i redicrindo á los indios.

ma discrecion y además una delicadeza poco comun.

Tal es el presidente Brigham Yung, en otro tiempo pintor de vidriado, hoy profeta, un hombre tan reverenciado como el papa y el emperador, que lo mismo que el Viejo de la Montaña puede herir de muerte estendiendo la mano; que reina y gobierna, que ha combatido mucho tiempo con la espada del Señor y á la cabeza de sus escasas guerrillas ha luchado contra los Estados-Unidos entonces poderosos; que ha descompuesto todas las combinaciones que le oponian los diplomáticos y concluido un tratado de paz con el presidente de la gran república ni mas ni menos que si hubiera dispuesto de las fuerzas de Francia, de Rusia ó de Inglaterra.

Nosotros fuimos recibidos en el gabinete particular, donde Mr. Brigham trata la mayor parte de los negocios, corrige sus sermones y dicta su correspondencia. La pieza es muy sencilla, pero bien puesta: consiste su mueblaje en una gran papelera, una caja de hierro, una mesa, un divan, sillas fabricadas por hábiles artistas. Observé en la pared de la derecha y al alcance de la mano, un rifle y una pistola ó revólver de doce tiros, segun se me dijo despues. En todo habia cierto orden perfectamente en relacion con el carácter del hombre.

Actualmente pasa por muy rico y era pobre cuando subió al poder; de lo que naturalmente deducen sus enemigos que ha hecho fortuna apropiándose los diezmos, estrujando á los fieles y despojando á los gentiles. Yo responderé á todo esto que nadie satisface los derechos de la Iglesia con mas exactitud ni es mas liberal en hacer limosnas que Mr. Brigham: hay mil ocasiones de enriquecerse honradamente para lanzarse asi como un miserable en la via del fraude y del robo. Se asegura que en 1859 tenia ya 250,000 dolares, que es aquí una suma equivalente á veinte veces la misma en Inglaterra y que tiene mucha importancia para que un hombre hábil la comprometa. Es muy fácil además esplicar su origen: asi como el iman de Mascate, el jefe de los mormones es el principal negociante del país que gobierna: él envia al Este grandes trenes de wagoes de mercancías, provee las caravanas y suministra ganados y grano á los establecimientos de las inmediaciones. Se dice que la madera que ha vendido á las tropas federales para acampar en Campo Floyd no le ha producido menos de 200,000 dolares: es una de las quejas del ejército que se lamenta amargamente de los trabajos que ha pasado y de una espatriacion, cuyo único efecto ha sido enriquecer al enemigo.

Luego que se cambiaron los primeros saludos y palabras, me pareció que el pontífice deseaba conocer el objeto de mi viaje, y entonces le dije que, habiendo leído muchas curiosidades sobre el estado de Utah, anhelaba juzgar por mí mismo de todo lo

que habia leído. Al punto abordó él la cuestion de agricultura, la de los ganados y describió los diferentes terrenos del valle. Hablando de esto, se vino á tocar una materia delicada, la de las guerras indias: segun el profeta, habia mucha exageracion respecto de esto. Cuando se hable de veinte muertos ó heridos, nos dijo, reducid esa cifra á dos ó tres y acertareis probablemente. Y añadió que haria mas con algunas libras de harina y algunos metros de tela que todos los soldados del Campo Floyd con sus sables y su pólvora. Esta opinion fue calorosamente confirmada por todos los que allí estaban. Gracias al origen israelita que les atribuye el mormonismo, y á esta profecía, «que antes de pocas generaciones Lemuel tendrá la piel blanca y formará un hermoso pueblo,» los indios son mucho mejor tratados por los santos del último dia que por todos los hombres del Oeste. Los mormones los alimentan, los visten, los albergan y los atraen á su causa por su buen proceder. Si la esclavitud ha sido legalizada en el Utah, ha sido únicamente por comprometer á los santos á comprar los niños, que, sin esta medida serian muertos ó abandonados.

Al final de la visita, que duró cerca de una hora, el profeta me habló sobre mi último viaje, preguntándome si mis exploraciones en Africa habian tenido lugar en la misma region que las del doctor Livingstone. La direccion que yo he seguido, le contesté, está á 10° poco mas ó menos al Norte del Zambese. Mr. Carrington se levantó para buscar en el mapa el punto indicado y aproximó demasiado su dedo al Ecuador. Un poco mas bajo, le advirtió Mr. Brigham. Hay en Inglaterra muchos hombres instruidos que no se habrian apercebido de la equivocacion; sin ir mas lejos, el gentleman que escribió el artículo de geografía en la *Revista de Londres* y que á propósito del viaje en cuestion confundió con todo el aplomo de un crítico burlesco lagos situados á 200 millas unos de otros.

Levantámonos nosotros luego que la conversacion pareció languidecer, y dando la mano á todos los circunstantes, nos despedimos del profeta. La impresion que me causara esta breve sesion, y que lejos de desvanecerse, se aumentó despues, fue que monsieur Brigham no era un hombre ordinario; ni tenia ninguna de las debilidades que caracterizan á la mayor parte de los grandes hombres. No es una primera visita, en que se habla de todo, sin profundizar nada, donde un espíritu superior puede dar toda su medida; pero un gran carácter ejerce una influencia inmediata, magnética, que dirian algunos, sobre los que se le acercan; y lo mismo que amamos ó aborrecemos á primera vista, nos basta una mirada para conocer lo que es respetable. Un hecho digno de notarse es que, entre los gentiles, cuyos escritores

todos han prodigado á Smith el epíteto de vil impostor, hay pocos que se lo hayan aplicado á Mr. Brigham. Por último, yo participo de la veneracion con que lo miran los fieles, veneracion profundamente afectuosa á que solo se iguala la serenidad con que le confian los intereses mas caros. Despues de mi visita me felicitaban todos por haber visto al que es para ellos el hombre mas notable que hay en el mundo.

VIII.

Servicio divino y sermones.—Manantiales calientes.

El domingo á las diez menos cuarto fuí al Bowerly: hacen bien en anticiparse los que quieren colocarse donde puedan oír el sermón. Yo me hallaba en una especie de sotechado de unos 30 metros cuadrados, teniendo por cobertizo un ramaje sostenido en rústicos pilares: nada de tabiques que impidieran circular el aire; el local primitivo puede contener 3,000 personas. Los asistentes se acomodan en bancos ordenados en frente de la tribuna, especie de corredor de tablas que mira al Norte y á donde se sube por una escalera situada al Este. Al pie de esta galería hay un pequeño cerco donde están las sillas para la orquesta: un violin, un bajo, dos mujeres y cuatro hombres que no ejecutan mal los cánticos de la Nueva Sion, y aun diria perfectamente bien, reflexionando en la longitud en que estábamos entonces, y en lo que se acostumbra en las iglesias de campo y aun en ciudades americanas, de las que se ha dicho que si el salmista oyera sus cantos, las aniquilaria en su furor.

Prenden que los mormones, como los italianos, toman de las óperas los pasajes mas notables y los cantan en la iglesia no queriendo que Satanás tenga el monopolio de los mas bellos aires: sin embargo, en el caso de que se trata no se cantó mas que música religiosa.

Nosotros, el hijo de un magistrado y yo, fuimos á sentarnos en uno de los bancos del octavo cuartel, desde donde vimos entrar la multitud; entrada que duró hasta las diez y cuarto, como quiera que muchos fieles venian desde muy lejos. Todos vestian de fiesta, y vimos muchas y muy lindas caras en el fondo de los sombreros de anchas alas, sombreros americanos, cuya forma ya hemos descrito, y telas vistosas dibujaban lindos talles: la elegancia marchita, los adornos pasados que se ven en Inglaterra en las grandes ocasiones, cintas lacias, estropeados tules y plumas viejas, colores en otro tiempo espléndidos formaban raras escepciones. Los hombres no vestian con menos decencia: muchos de ellos habian dejado la levita en el ropero y abierto el chaleco por el calor; pero el traje que llevaban no era

menos conveniente, apropiado á su clase de trabajadores dejando ver una camisa de tal limpieza que no existe siempre bajo un chaleco abotonado. Los ancianos y dignatarios colocados en la tribuna vestian levita negra: todos conservaban puestos sus sombreros hasta el momento de comenzar el sermón. Yo tenia á mi lado una criada inglesa de ojos rojizos; pero en frente de mí habia una americana encantadora, madre de un precioso niño. En ella observé un desarrollo inusitado del órgano de la veneracion, desarrollo que ya habia observado yo en los mormones, cuyos *meetings* habia presenciado en Europa. El concurso no ofrecia una sola muestra de *bloomer*, veíanse algunas mujeres *yankees*, en otro tiempo recalitrantes, cuyos ojos parduzcos revelaban entonces la astucia, penetrantes, vivos y glaciales; criaturas de fuerte armazon, angulosas física y moralmente; y humanizadas ahora por la trasplantacion en el terreno que les es propio. Grandemente me admiró la multitud de viejos: en mi mismo banco habia hasta media docena de ellos: hombres encorvados, mujeres decrepitas que habian dejado su patria para venir á morir á la ciudad santa. Su presencia demostraba la sinceridad de su fe y del buen corazon de los que los habian conducido hasta allá al través de tantas fatigas y privaciones. En el auditorio se veian tambien algunos gentiles, pocos, porque no serán muchos los que quieran oír propios vituperios.

A las diez se abrió el *meetings* por un canto religioso. Mr. Wallace, *gentleman* de aire distinguido, que acababa de llegar de un largo viaje, fue llamado en seguida por el anciano que presidia la reunión: acudió al llamamiento y en un discurso trascrito por dos estenógrafos colocados en la tribuna, dió cuenta de sus trabajos: el fondo de su discurso era bueno, la forma tenia algo de irlandesa «Los valles de las montañas» se repetian sin cesar, como los del verde Erin en las arengas hibernianas. El orador acabó por invocar la bendicion celeste sobre el presidente de la Iglesia y sobre las autoridades civiles y religiosas, incluso los in fieles. Todo el concurso respondió con un *amen* acompañado de aplausos, que me recordaron el *humming* usado en el siglo XVII, por el que los estudiantes universitarios recibieron el nombre de *hum et hissimi auditores*.

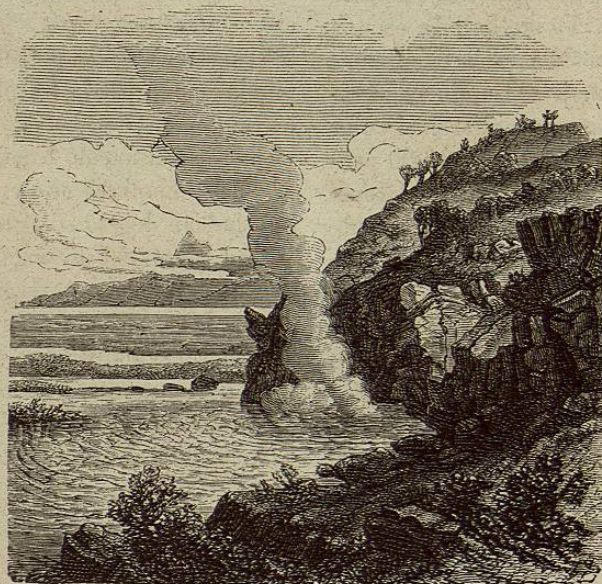
A Mr. Wallace sucedió el obispo Abraham O'Smoot adjunto al alcalde de la ciudad (*mair*), y el cual con voz baja y mesurada hizo el elogio de los santos del último dia y vituperó á los apóstatas: su palabra no era fácil, aun cuando mas se enardecia, y hacia de la nariz, ese instrumento vocal de los metodistas, un uso indebido, pero se servia de él para decir buenas cosas. Recordó sin acritud las persecuciones sufridas y habló de las alegrías y riquezas futuras sin énfasis profético. En medio de su discurso, precisamente

cuando aludía al jefe de la iglesia, entró Mr. Brigham Yung.

Mr. Brigham, como de costumbre, vestía su ropa gris, hilada y tejida en casa; traía como la mayor parte de los ancianos, un gran sombrero de paja de forma alta y cónica rodeado por una ancha cinta negra, y ¡lujo inusitado! calzaba guantes de cabritilla, negros también. Luego subió á la tribuna y se sentó saludando á los inmediatos, pero sin descubrirse. Uno de los asistentes fue acometido de un accidente nervioso y llevado fuera. El obispo Smoot acabó su sermón, enseñándonos que debíamos vivir para Dios; se cantó despues otro himno y el profundo silencio que

sucedió, me hizo comprender que se preparaba algun acontecimiento. La tos de los viejos cesó, los gritos de los niños cesaron y las viejas cesaron también de dormir. El presidente se descubrió, fue hasta el extremo de la galería, se bajó para espectorar en una escupidera oculta, restableció el equilibrio bebiendo agua, apoyó las manos en la baranda de la tribuna, se inclinó sobre el auditorio y le dirigió la palabra.

Empezó con lentitud; cada una de sus palabras seguía titubeante á la anterior y nos fue harto difícil coger las primeras frases; pero luego que se enardeció, su voz se alzó fuerte y sonora y una facilidad notable reemplazó la vacilación, que, cosa estraña,



Los Hot Springs.

bien que sea comun entre los grandes oradores, nos parece un efecto de arte, mientras que parecía natural que su palabra saliera, por decirlo así, de madre. La ejecución era agradable, la idea viva y fecunda, la frase redondeada y bien dicha, mas bien hablada que predicada; una improvisación, en fin, tan brillante como sencilla, que corría á la ventura arrastrando á veces locuciones familiares y aun incorrectas. Los gestos de expresión no dejaban de tener gracia, evidentemente espontánea, no estudiada. Notamos, sin embargo, la viciosa costumbre de levantar y agitar el índice, costumbre abusiva en los Estados Unidos, donde pasa desapercibida, pero que en cualquiera otra parte es un signo de amenaza poco agradable.

El sermón fue de larga duración abarcando una multitud de materias, cuyos puntos principales pueden resumirse así: Dios es un gran obrero; el mormonismo, un gran hecho. La religión (el orador es el

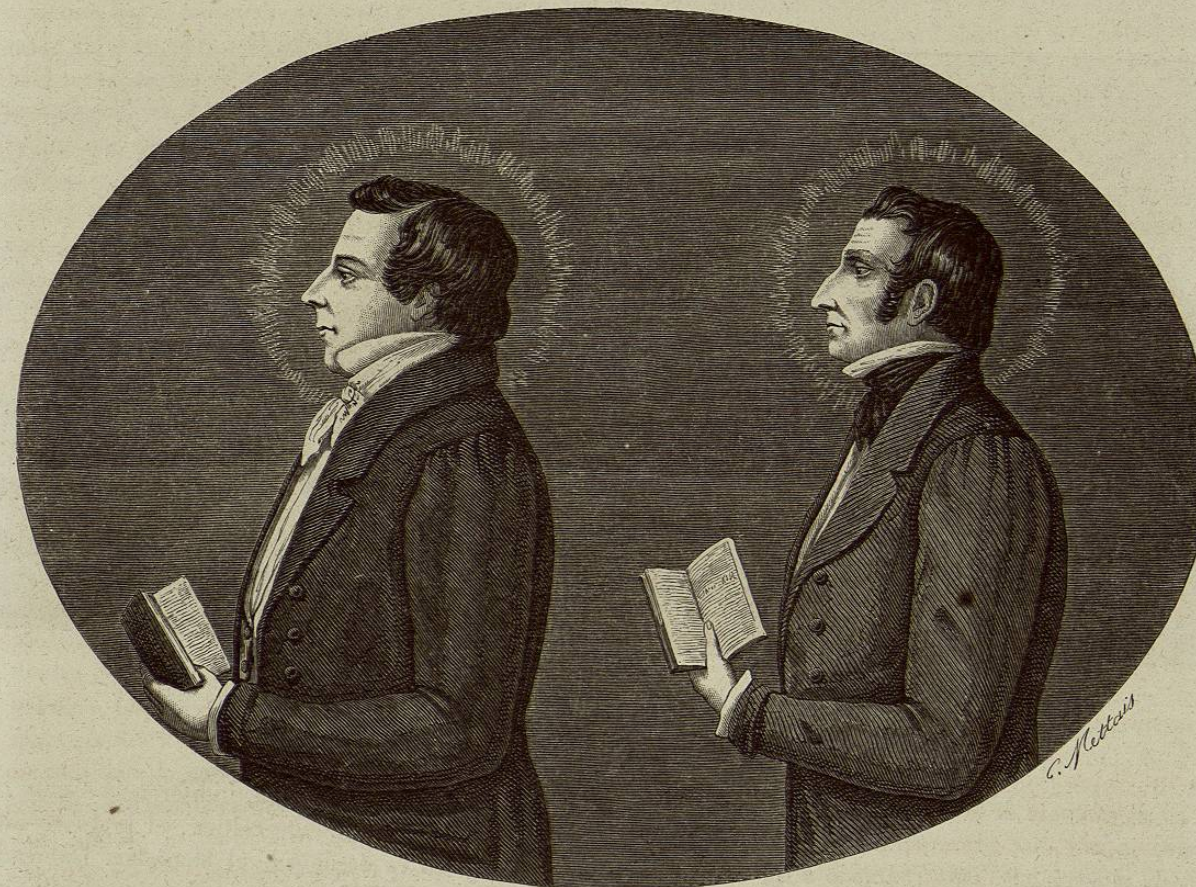
que habla), la religión me ha hecho el mas feliz de los hombres. En su alegría estaba dispuesto, dijo, á bailar como un cuáquero, á lo cual el profeta, que es un buen mimo y tiene el humor de los antiguos habitantes de la Nueva Inglaterra, levantó el brazo derecho y remedió á los *shakers* con gran divertimento del auditorio. Despues, volviendo á la seriedad, manifestó cuánto desastre habia hecho aquel ejército de gentiles que debia destruir la Nueva Sion, el ejército de esos hombres que ahorcan á sus hermanos aun en el día del Señor. «Los santos, continuó diciendo Mr. Brigham, tienen un glorioso destino: su moralidad no es menos notable que la belleza de la tierra prometida.» El aire puro que circulaba en el Bowery, y el esplendor del sol que afuera brillaba, le suministraron comparaciones tan exactas como elocuentes.

Se me habia hablado mucho del sentido práctico de los discursos del profeta, y lo confieso, me hallé un

poco desorientado: la suerte me habia sido desfavorable.

Despues del jefe de la iglesia, le tocó el turno al segundo presidente, Mr. Heber Kimball, *gentleman* de gran estatura, de formas vigorosas, metodista consumado, vestido todo de negro y cuyos ojos pequeños, pardos y penetrantes, brillan en una cara azulada por una barba siempre recién afeitada. Hablando, se arrebató fácilmente; tiene palabra tonante, busca la palabra propia tan ruda como puede ser y hace de bue-

na voluntad el papel de Thersites. El disgusto que le inspiran las ampulosas geremiadas de los no conformistas, le ha hecho tomar un estilo oratorio mas familiar que religioso. Por lo demás, divierte mucho, al parecer, á la concurrencia que ríe á carcajadas como todas las muchedumbres, en cuanto ven siquiera la sombra de una gracia. En cuanto á su expedición y movimientos, nada podia contrastar mas con la voz y gestos del profeta. Se ponía de puntillas, levantaba los brazos, hacia ademán de tirar una pie-



Retratos del profeta José Smith y de su hermano Hiram Smith.

dra, golpeaba en la tribuna, como en la época en que el púlpito tambor eclesiástico, que se tocaba con el puño.

Mr. Kimball comenzó por generalidades sobre el orgullo, nos dijo que era menester escuchar los avisos del cielo, ser fieles á la palabra y no mendigar en casa de sus vecinos. Dirigiéndose despues á los emigrados, cuya llegada hemos visto, les recomendó velar sobre sí mismos, á fin de que no arrebatara sus almas el diablo y que Satanás no los afeitara. (Risas en el auditorio.) De la misma opinión que el profeta sobre la moralidad de los santos, (es, segun dicen, el eco de Mr. Brigham): les declaró, sin embargo, que

habia entre ellos los mas bribones de la tierra. (Nuevas carcajadas.)

N. B. Los mormones no son mejor tratados que los gentiles por sus propios predicadores. Mr. Kimball dió en seguida, á propósito ó despropósito, una multitud de consejos á los misioneros, bendijo á las autoridades, pronunció el *amen* y fué á sentarse.

Si la elocuencia del profeta me habia desorientado, el lenguaje del segundo me despeluznó; pero recordé las palabras del Auvigné, á propósito del mismo Lutero, que no desdenaba las comparaciones mas gráficas, cuando queria herir la imaginación del pueblo, y que un día queriendo explicar á las gentes sencillas